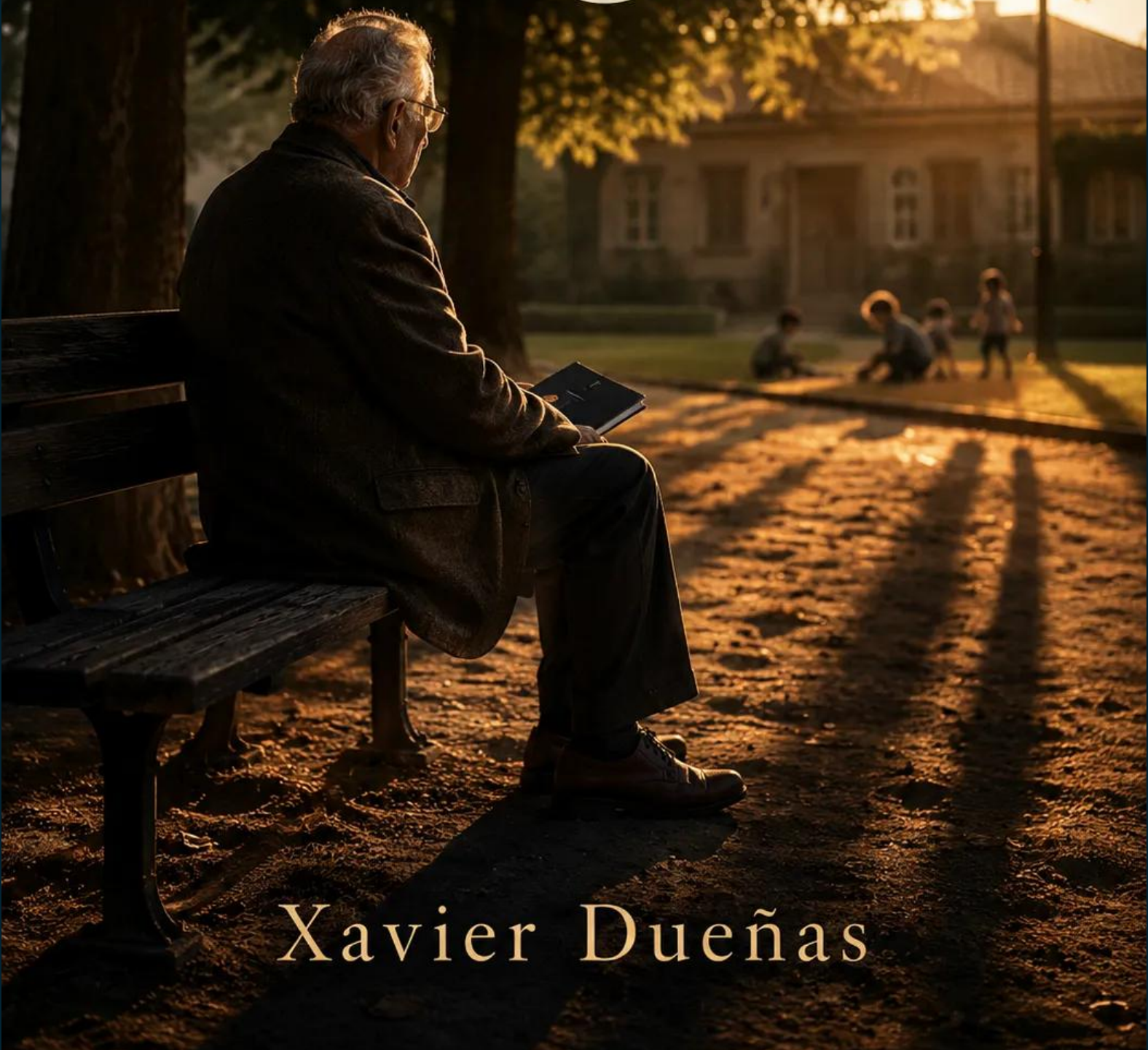


Sombras largas



Xavier Dueñas

Sombras largas

Me despierto antes que nadie. No por costumbre de viejo ni por ninguna sabiduría. A esta edad el cuerpo deja de dormir de un tirón, eso es todo. Te quedas a oscuras oyendo la casa —la madera, el reloj, la caldera que arranca sola— hasta que te levantas, porque seguir tumbado tampoco arregla nada.

Pongo la cafetera. Corto pan para los niños. Me gusta cortar pan; las manos ocupadas no piensan.

El pequeño todavía duerme. A veces habla en sueños, cosas sin sentido, y a veces se ríe. Cuando se despierta me abraza con toda la fuerza que tiene. Para él soy alguien. Es el único.

Su padre me evita. Ayer nos cruzamos en el pasillo y, sin mirarme, dijo:

—No estorbes.

No lo gritó. No hacía falta. Mi hija estaba al lado doblando ropa y siguió doblando ropa, como si aquello le exigiera toda la atención del mundo.

Antes vivía solo. Un piso pequeño, mis horarios, la radio. No era gran cosa, pero era mío y no molestaba a nadie. Cuando mi hija me llamó dijo que me necesitaban, que con los dos niños no daban abasto. Y era verdad, me necesitaban. Hice la maleta contento, el tonto de mí. Entonces no sabía que alguien puede hacerte falta y, aun así, no querer tenerte cerca.

Las señales son pequeñas. Las cejas que se juntan un segundo cuando entro en el salón. El suspiro que se le escapa a mi hija si me equivoco de interruptor. La mesa puesta sin que nadie diga nada, pero puesta de una manera que ya me deja fuera. No hay gritos. Aprendes a moverte por la casa como quien procura no hacer ruido en casa ajena, y luego te acuerdas de que la casa es de tu hija.

Hoy he hecho tostadas. Las he dejado en la mesa, cuatro, en fila. No ha bajado nadie. El reloj del microondas parpadea en verde, y le da igual.

Hace unos meses, en el centro de salud, una enfermera me preguntó si en casa estaba todo bien. Yo le dije que sí demasiado deprisa. Debió de notarlo, porque me dio un teléfono de

esos sencillos y me dijo que de vez en cuando me llamarían. Casi nunca lo uso. Lo tengo en la mesilla, cargando, como una cosa que pertenece a otra persona.

No fue una discusión. Ni un grito. Su mano fue a mi abrigo y sacó la tarjeta del bolsillo, así, sin más, como quien coge algo suyo que estaba fuera de sitio. La tela se enganchó un momento en sus dedos. Yo hice el gesto de acercar la mano, pero la dejé caer antes de tocarlo.

Dijo que era más fácil para todos, que él llevaba las cuentas, que había que sostener lo que había. Luego golpeó la tarjeta dos veces contra la palma, sin darse cuenta, mientras hablaba.

No me miró a los ojos, y casi se lo agradecí. Estaba cansado. Se le notaba en la voz que no era crueldad, era otra cosa, algo más gastado, y no sé si eso lo hace mejor o peor.

Mi hija estaba en el sofá con el móvil. No levantó la vista. Pudo decir algo. No dijo nada. Llevo toda la vida entendiendo sus silencios y ese lo entendí a la primera.

Subí. Me senté en la cama sin quitarme el abrigo. El cuarto estaba frío, pero no era eso. Cogí la libreta de la mesilla. Hasta entonces había servido para tonterías: apuntes, una receta de arroz, las cosas que dicen los niños. Escribí:

“Hoy me han quitado la tarjeta y no he dicho nada.”

Me quedé mirando la frase. Luego añadí:

“A lo mejor me lo he buscado yo. Toda la vida callándome, apartándome, dejando pasar. Uno acaba acostumbrando a los demás a que no cuenten con él.”

No sé si eso me consoló o me hundió más. Las dos cosas, supongo.

Pensé en mi mujer. Ella no necesitaba hablar. Me ponía la mano en el brazo y yo ya sabía dónde estaba parado. Hace de eso ocho años. Se dice pronto.

Sonó el móvil del centro de salud. Tardé en cogerlo. La voz de una mujer, tranquila, preguntó si estaba bien, don Julián. Me pareció la misma enfermera, aunque no estaba seguro.

No supe qué contestar. Hacía tanto que nadie me lo preguntaba que me pilló sin respuesta.

—Aquí sigo —dije.

No era lo mismo que estar bien, pero fue lo que salió.

La mujer no llenó el silencio. Esperó. Después me preguntó si podía pasar alguien a verme al día siguiente.

Le dije que sí.

No decidí marcharme. Una mañana simplemente no bajé a hacer el desayuno. No puse la cafetera. Me quedé sentado en la cama con los zapatos puestos, escuchando a los niños correr por el pasillo.

Nadie preguntó por qué.

Ese mismo día vino una mujer del centro. Habló conmigo en la cocina y luego habló a solas con mi hija. Yo oía las voces detrás de la puerta, pero no las palabras. A los pocos días vino a buscarme una furgoneta.

Mi hija me metió la ropa en una bolsa. No lloró. Yo tampoco. Mientras cerraba la cremallera dijo que allí estaría mejor, y yo asentí porque no se me ocurrió qué otra cosa hacer.

En la bolsa, entre las camisas, encontré después una foto suya de pequeña conmigo, en el agua, riéndonos. No sé si la puso a propósito o se coló sola. No se lo he preguntado. Hay cosas que prefiero no saber del todo.

No es mi casa. Huele a comedor, a lejía por las mañanas. Se cena a las siete y las luces se apagan pronto. La primera noche no dormí nada. La segunda tampoco mucho. Pero nadie me mira como si sobrara. Con eso, de momento, me apañó.

Vengo cada tarde a un banco que hay bajo los árboles. Enfrente está el centro de día de los críos, que dibujan o pelean por la plastilina. A veces alguno me mira. No como miran los mayores, intentando averiguar qué te pasa, sino porque estoy allí y les da curiosidad. Eso se agradece.

A los viejos nos ocurre que la gente empieza a hablar delante de nosotros como si ya nos hubiéramos ido. No siempre lo hacen con mala intención. A veces ni se dan cuenta. Uno termina por no darse cuenta tampoco, o eso intenta.

Sigo con la libreta. La abro después del café con leche. Escribo poco, a veces una línea, a veces nada. Hoy he escrito una frase. No es buena. La he dejado igual.

El sol baja y las sombras se van estirando por el suelo. Cierro la libreta.

Mi hija dijo que vendría el domingo.

Hoy es martes.

No pasa nada.

Cuento las tardes por los cafés, no por los domingos.